**La vida, según se mire**

Parecía una tarde más. Mi hermano se incorpora de la cama. Resopla. Le molesta el ruido que viene del pasillo. Es nuestra hermana pequeña.

* Si entra, te juro que me marcho a la calle – dice él.
* ¿Y qué vas a hacer ahora fuera? – le pregunto yo. - Además ya casi es la hora de comer.
* No la soporto. Me molesta todo el tiempo.
* ¿Y te crees que a mí no? Además, yo la aguanto más, porque comparto con ella la habitación. Tú en tu cuarto solito estás muy bien. Y encima te quejas.
* Que sí, que sí. – Contesta haciendo un mohín de desagrado y tira con desgana sobre su cama la novela que estaba leyendo.

Cuando dejó el libro, aún no sabía que su vida iba a cambiar tanto. Un “hasta luego” rápido a mi madre y cruza la puerta de casa un hermano distinto al que volvería a ver, tan solo unas pocas horas después.

Al poco, lo veo desde mi ventana, caminar solo, cabizbajo, con las manos en los bolsillos del vaquero. Me imagino qué estará pensando. Quejándose de su vida, seguro.

No es que yo me queje por todo. Me quejo siempre con razón. Bueno, además la que anda siempre quejándose por todo, todo el tiempo, es mi madre. Y es un agobio. Yo solo quiero que me dejen en paz, ella y mis hermanas. Creo que no es mucho pedir. Yo no me meto con nadie. Y por eso no quiero que nadie se meta en lo mío. Si yo pudiera irme a algún lado, me iría a Australia. Y lo haré seguro en cuanto acabe la universidad. Haré allí lo que quiera. Viviré solo, comeré lo que quiera y usaré la *Play* el tiempo que me dé la gana. Tengo muchas ganas. Me quedan aún algunos años de soportar ruidos, obligaciones y charlas que me sé de memoria.

¿De verdad llevo caminando más de una hora? Uf, verás ahora la bronca.

Qué raro, la llave del portal no va. Por suerte está viniendo el padre de Edu; él me abrirá.

* Oye, dile a Edu, que ahora me conecto.
* ¿Que qué?
* No, que ahora jugaré a la *Play*. Bueno, es igual. Adiós.

Qué raro. El padre de Edu es siempre muy simpático conmigo. Y ahora ha puesto una cara que parecía que no me hubiera visto nunca. En fin.

Bueno, ahora hay dos opciones, o que mi madre me grite o que me abrace y triste me diga lo mucho que se ha preocupado porque no regresaba. A ver, si tengo suerte y es lo segundo, porque si se enfada, me quitará el móvil. Jo, cómo he podido tardar tanto tiempo. Si sólo ha sido la vuelta a la manzana.

Qué extraño. La llave de la puerta de casa no entra. Oigo ruido. Ya vienen. Será mi madre.

¡¿Qué?! Oh, perdón, me he equivocado de puerta. Lo siento.

Dios, qué susto. Llevo un día… Eh…, ¡pero si este es el piso! ¿Me habré equivocado de portal? A ver… ¡Nooo! ¡Este es el mío!

Pero no entiendo. Empiezo a ponerme nervioso. Voy a volver a llamar. Sí, ok, esta es mi puerta, la A. Otra vez. Voy a llamar al timbre, no quiero usar de nuevo mi llave.

Me abre un hombre alto y delgado.

* Ya te ha dicho mi mujer que te has equivocado, ¿no?
* Ya, perooo…
* Mira, perdona, estamos ocupados – dice este hombre extraño, y antipático, mientras cierra la puerta.

Pero antes de que consiga cerrarme la puerta en la cara, consigo ver a mi hermana en el pasillo,

¡Caye!, le grito y me sonríe. Y entonces se le acerca mi hermana pequeña y entonces solo veo el marrón oscuro de la puerta. De la puerta de mi casa. Esta es mi casa. ¡Esta es mi casa!

¡Abridme! ¡Abridme! Toco el timbre una y otra vez. ¡Abridme o voy a la policía! Tengo miedo. ¿Quién es esa gente?

La puerta se abre y el hombre se acerca a mí con muy mala cara

* A la policía voy a llamar yo. ¡Pero quién te has creído!

Echo a correr y aún sigo oyendo a ese horrible hombre. Tengo que avisar a la vecina. Ella es amiga de mi madre. Ella sabrá qué hacer.

El corazón se me va a salir, no puedo casi hablar. Tardan en abrirme. Por fin se abre la puerta y me siento aliviado. Apenas puedo hablar, de los nervios. Parece que no me entiende. No me estoy explicando bien, seguro. Quiero volver a empezar, pero ella me corta y me dice que lo siente, que no conoce a mi madre y mis hermanas, que pruebe en otra puerta.

El estómago me duele de repente. No puede decir que no nos conoce porque yo sí la conozco a ella. No puedo respirar. Me estoy mareando. Salgo corriendo de la urbanización. Voy a llorar. No sé quién me puede ayudar. ¡Nadie me conoce! ¿Qué es esto? ¡Socorro! Voy a ir a la policía. Pero no sé dónde está la policía. ¿A dónde voy? La gente en la calle me mira asustado. Ando y lloro. Una mujer que come en la terraza de un bar se levanta y viene a mí preguntando si necesito ayuda. Por detrás la camarera exclama: ¡A comer!

¡A comer!, ¡Venga ya, a comer! ¿Pero no me oyes? La camarera tiene la voz de mi hermana.

Abro los ojos un poco y veo a mi hermana.

* Bueno, si te comes el pescado frío y mamá te echa bronca por eso, no es mi culpa.

Respiro y siento alivio. Qué feliz me siento.

Miro enfrente. Mi hermana pequeña me está echando purpurina en los pies.

Le sonrío. La vida no está tan mal, según se mire.

Cayetana Sandoval Hidalgo 2ºE